

LEE BERGER

Y JOHN HAWKS



LA CUEVA
DE LOS
HUESOS

UNA HISTORIA REAL DE AVENTURAS, HALLAZGOS,
Y LOS ORÍGENES DE LA HUMANIDAD

 NATIONAL
GEOGRAPHIC

LA CUEVA
DE LOS
HUESOS

LEE BERGER

Y JOHN HAWKS

LA CUEVA
DE LOS
HUESOS

UNA HISTORIA REAL DE AVENTURAS, HALLAZGOS
Y LOS ORÍGENES DE LA HUMANIDAD

Traducción de Ángela Esteller



Título original: *Cave of Bones*

© del texto: Lee Berger y John Hawks.

© National Geographic Partners, L.L.C., 2023.
Todos los derechos reservados.

NATIONAL GEOGRAPHIC y Yellow Border Design son
marcas registradas de National Geographic Society,
utilizadas bajo licencia.

© de esta edición: RBA Libros y Publicaciones, S.L.U., 2023.
Avda. Diagonal, 189 – 08018 Barcelona
rbalibros.com

Primera edición: noviembre de 2023.

REF.: OBDO261

ISBN: 978-84-8298-869-6

EL TALLER DEL LLIBRE • REALIZACIÓN DE LA VERSIÓN DIGITAL

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito
del editor cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida
a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

AL ESPÍRITU DE LA EXPLORACIÓN
Y A TODOS LOS EXPLORADORES, ESTÉIS DONDE ESTÉIS.
NO DEJÉIS DE EXPLORAR JAMÁS.

CONTENIDO



<i>Prólogo</i>	9
----------------	---

PRIMERA PARTE: EL VIAJE *NALEDI*

1. La Cuna de la Humanidad	17
2. Nuestro árbol genealógico	25
3. El hallazgo del <i>Homo naledi</i>	47
4. El mundo conoce al <i>naledi</i>	61
5. La cámara de muchas estrellas	67

SEGUNDA PARTE: CUÁNTOS HUESOS

6. En el interior de la cámara Lesedi	77
7. Los inquilinos de la cueva	85
8. Otro cuerpo	89
9. Indicios de enterramientos	97
10. Punto de inflexión	III

TERCERA PARTE: VIAJE HACIA LA OSCURIDAD

11. Entrenamiento	127
12. Tanteando el Conducto	135
13. En el interior del Conducto	145
14. El descenso	153
15. Exploración de la antecámara Hill	163
16. Los grabados	169

CONTENIDO

17. Más grabados	177
18. Luchando por salir	189

CUARTA PARTE: SIGNIFICADO

19. Los grabados y su significado	201
20. Hueso quemado	207
21. Rastros de cultura	213
22. La búsqueda de significado	223

<i>Epílogo</i>	233
----------------	-----

<i>Agradecimientos</i>	239
------------------------	-----

Apéndice A: Humanos conocidos que hayan entrado en la cámara Dinaledi (en orden de entrada aproximado)	243
---	-----

Apéndice B: Cronología de los descubrimientos relacionados con el <i>Homo naledi</i>	245
---	-----

Bibliografía	249
--------------	-----

Créditos de las imágenes e ilustraciones	255
--	-----

Índice terminológico	257
----------------------	-----

Cuaderno fotográfico	271
----------------------	-----

PRÓLOGO



La incertidumbre siempre surge antes de hacer algo peligroso, y a mí me invadían las dudas mientras introducía los pies en el estrecho abismo al que llamamos «el Conducto». Me encontraba mirando hacia arriba, con la espalda apoyada contra una sólida masa rocosa, el mono azul de algodón que se enganchaba a los salientes y las piernas colgando, con los muslos que apenas cabían en aquella grieta. La linterna del casco, que solo iluminaba 5 metros de la oscuridad que tenía por delante, proyectaba sombras espeluznantes a mi alrededor.

Durante nueve años, del 2013 al 2022, había visto a otros introducirse por esa misma fisura: a través del Conducto bajaban a la cámara Dinaledi, tal como habíamos nombrado a aquel espacio cavernoso en el que se escondía un importante lote de huesos fósiles que se han convertido en el centro de investigación no solo de nuestra expedición, sino también de científicos de todo el mundo. Siempre había visto la cueva a través de una pantalla de ordenador, en la seguridad de la cercana base de operaciones, una galería con el espacio suficiente como para colocar unas mesas y sillas de plástico. Desde esa relativa comodidad, y gracias al tendido eléctrico que, con los años, habíamos instalado en el sistema de cuevas, solía observar la actividad que se desarrollaba bajo tierra.

Sin embargo, en esta ocasión era yo el que emprendía el viaje hacia la cámara Dinaledi. Mi equipo había realizado un sorprendente hallazgo capaz de revolucionar nuestra investigación sobre los orígenes de la humanidad. Al parecer, estábamos a punto de conocer algo nuevo sobre nuestros antiguos parientes y, por consiguiente, sobre la especie humana. Así que, pese al peligro que entrañaba, había decidido abandonar la base de operaciones y enfrentarme al Conducto para llegar a la excepcional galería subterránea que, años antes, había maravillado al mundo con sus tesoros fósiles, el mayor yacimiento de restos prehumanos descubierto hasta la fecha. Este sistema de cuevas que esconde miles de huesos ha reescrito la historia de nuestros ancestros. Y también ha cambiado mi vida.

Durante las dos expediciones de 2013 y 2014, que se prolongaron durante un total de siete semanas, los miembros de mi equipo recuperaron más de 1.200 fósiles, principalmente de huesos y dientes, de un área en Dinaledi de no más de 1 metro cuadrado. Antes de este descubrimiento, solía bromear con que el número de paleoantropólogos —es decir, los que estudian a los homínidos— en todo el mundo excedía la cantidad de huesos que había por examinar. Pero eso cambió con nuestros hallazgos. En más de una docena de publicaciones científicas, nuestro equipo de expertos en anatomía homínida refirió que estos fósiles eran muy diferentes de los encontrados hasta la fecha. Los fósiles representaban una nueva especie, un nuevo antiguo pariente nuestro, al que llamamos *Homo naledi* («*Homo*» porque nuestro análisis determinó que compartía género con otras especies relacionadas con los humanos; y «*naledi*» por «estrella» en sesotho, uno de los idiomas de esta región de Sudáfrica).

Sin embargo, en el momento que descubrimos al *Homo naledi* e incluso después, no más de cincuenta de mis colegas se habían atrevido a bajar hasta la cámara contoneándose por el Conducto. Pese a llevar casi una década dirigiendo la expedición, yo no podía

más que imaginar aquel espacio, completando los detalles con las imágenes que los otros captaban y que me llegaban por la pantalla del ordenador, con sus descripciones del lugar, revisando mapas y maravillándome cada vez que, no sin gran esfuerzo, los fósiles de la excavación llegaban a la base de operaciones. Llevaba años advirtiéndome acerca de los peligros del lugar a centenares de personas pese a no haberlo pisado. Hasta ahora.

Con la parte inferior del cuerpo ya en el interior del túnel, respiré hondo —no tendría oportunidad de hacerlo durante un rato— y visualicé el angosto lugar en el que me adentraba. Uno de los tramos más estrechos del Conducto mide tan solo 19 centímetros, lo que aproximadamente equivale al lado más corto de una caja de zapatos. ¿Cabría? Y si llegaba a Dinaledi, ¿podría volver a salir? Iba a cumplir 57 años en unos meses, y aunque me mantenía en forma, nadie me hubiese considerado como una persona delgada. Para el intento había perdido mucho peso. ¿Sería suficiente?

Me estrujé y sentí que mi pelvis entraba en la antigua roca gris del Conducto. «Maldita sea, qué estrecho y apretado», pensé. Mientras iba serpenteando y bajando, busqué con los pies los salientes rocosos que sabía que había en la parte más alta del hueco. Solo encontré uno. Apoyé el pie en él y dejé colgar la pierna contraria. Aguanté la respiración, me armé de valor y solté las manos, permitiendo que la gravedad se tragara mis caderas. Un saliente afilado me arañó la tripa. Me quedé colgado, con medio cuerpo fuera y medio cuerpo dentro de aquella abertura que se asemejaba a una chimenea. Aquello solo era el principio.

Alcé la mirada hacia Maropeng Ramalepa, un miembro de nuestra expedición y el encargado de guiarme durante la primera parte del descenso. Estaba en cuclillas justo al lado de la boca del Conducto, adoptando la posición que cariñosamente apodamos como «trol del Conducto». Había hecho aquel trayecto docenas de veces. Esbo-

zó una amplia sonrisa y, al iluminarlo con la linterna, vi que sus ojos brillaban. «¡Tú puedes, profe!», me dijo.

Le respondí con un gruñido. Mi aliento ya despedía vapor en el frío aire de la cueva. Con cautela, tanteé con mis botas en busca de nuevos puntos de apoyo, bajando más y más hasta que mi torso alcanzó la misma estrechez que acababan de abandonar las caderas. La roca me presionaba la columna vertebral y el esternón.

Metí tripa y exhalé todo el aire para contraer el pecho y, a continuación, me empujé hacia abajo, comprimiéndome por aquella cavidad extremadamente diminuta. Una roca se me clavó en la parte superior de la espalda y sentí un dolor agudo, pero lo había conseguido. Tenía todo el cuerpo en el interior del Conducto.

Mis brazos seguían estirados por encima de la cabeza y mis pies buscaban desesperados un lugar en el que apoyarse. Quise mirar hacia abajo, pero lo único que conseguí fue rascar el casco contra la roca. Al mirar hacia arriba, pude ver el estrecho hueco que acababa de franquear. En un rato, tendría que volver a hacerlo para salir. Me embargó la duda, pero mi mente racional tomó las riendas: tenía preguntas que responder, quizá me esperara algún hallazgo. Había llegado el momento de contemplar con mis propios ojos el yacimiento más importante de mi carrera.

Traté de tomar aliento de nuevo, pero las paredes de roca limitaron mi inhalación. Sin embargo, me lo había propuesto. Busqué con los dedos el siguiente asidero y fui bajando lentamente por el Conducto. Jamás habría imaginado que me dirigía hacia uno de los momentos más aterradores y asombrosos de mi vida.



PRIMERA PARTE

EL VIAJE
NALEDI



UNESCO
PATRIMONIO DE LA HUMANIDAD

*Yacimiento clave en la búsqueda
de los orígenes de la Humanidad*



El sistema de las cuevas Rising Star es uno de los muchos yacimientos de homínidos en la zona de Sudáfrica conocida como «la Cuna de la Humanidad».

LA CUNA DE LA HUMANIDAD



Solo los espeleólogos más intrépidos conocen los pasadizos rocosos de Rising Star, el sistema de cuevas principal en el que mi equipo y yo llevamos estudiando a los homínidos durante más de cuarenta años. Este sistema de cuevas, que incluye el Conducto y la cámara Dinaledi, es uno de los muchos que hay en la región de Sudáfrica que ha sido señalada como la Cuna de la Humanidad y declarada Patrimonio Mundial de la Unesco. Es un paisaje de praderas ondulantes, pequeñas parcelas ganaderas y reservas naturales atravesadas por arroyos, ríos y algún que otro grupo de árboles. Los sudafricanos conocen esta región como Witwatersrand (o «cerros de aguas blancas»), por las muchas cataratas que caen en cascada desde las bajas colinas. Witwatersrand se encuentra a 1 hora de camino en coche desde Johannesburgo, en el interior de la región de Highveld, una zona mucho más amplia en el centro-sur de África que se eleva hasta una altitud de 1.525 metros sobre el nivel del mar, una altiplanicie sobre las regiones costeras y flanqueada al norte, sureste y oeste por desiertos.

El suelo de Highveld está conformado por un lecho de roca que asoma aquí y allá, dejando poco espacio para que se acumule el mantillo e impidiendo el cultivo en el terreno de la altiplanicie. La



Mathabela Tsikoane, miembro del equipo de Rising Star, sentado entre una típica colada y formaciones de estalactitas en el sistema de cuevas.

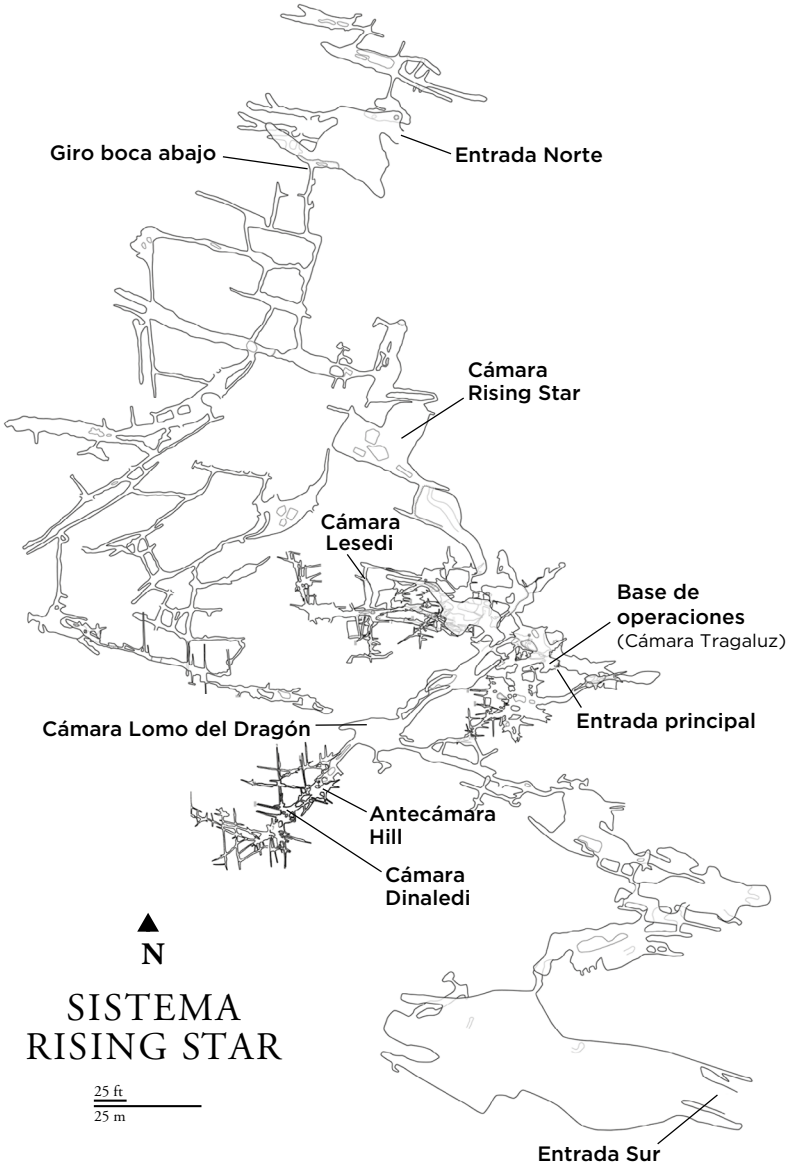
base rocosa de la región está compuesta por una caliza dolomítica extremadamente dura, una roca sedimentaria gris, rica tanto en carbonato de calcio como en magnesio, que se formó gracias a la lenta acumulación de cal y arena en mares de aguas cálidas y poco profundas hace entre 2.000 y 3.000 millones de años, mucho antes de que las formas complejas de vida evolucionaran. La composición de estas rocas se asemeja a un pastel relleno, con capas de dolomita pura atravesadas por otras más delgadas de pedernal, una roca sedimentaria superdura pero a la vez muy quebradiza conformada básicamente de sílice. El aspecto oscuro y vítreo del sílice contrasta pronunciadamente con la textura mate y apagada de las capas más anchas de dolomita.

Durante largos períodos de tiempo, el carbonato de calcio de la dolomita se ha ido disolviendo, y el goteo del agua ha conformado unas capas de un blanco puro a las que llamamos «colada» o la han convertido en estalactitas y estalagmitas (respectivamente, esos pilares que cuelgan del techo o que se erigen desde el suelo). Los mine-

ros de principios del siglo xx se adentraban bastante en las cuevas para extraer carbonato de calcio, que después calentaban en grandes *kilns* u hornos para crear el producto agroquímico que hoy conocemos coloquialmente como «cal». A menudo, en las galerías o pozos de estas cuevas, varios segmentos de estos materiales se fusionaban, se adherían por acción del goteo del carbonato de calcio. Estos depósitos, llamados «brechas», contienen a veces fósiles de formas de vida arcaicas que habitaron la región y estas cuevas. Las capas de brecha y colada aquí pueden tener una antigüedad que oscila entre unos pocos miles de años hasta más de tres millones.

Y es que debajo de este modesto paisaje se esconden recompensas mucho más importantes que la cal. Si examinamos uno de los dispersos grupos de árboles al azar, es fácil encontrar una depresión creada por un hundimiento subterráneo. En casos extremos, simas de hasta 30 metros de profundidad hacen sospechar de la existencia de enormes galerías subterráneas. En ocasiones, nos topamos con que se han formado cuevas horizontales, desde grandes e imponentes cavernas hasta recovecos rocosos. Una intrincada red de pasadizos, algunos explorados pero la gran mayoría inaccesibles, se enhebran debajo de esta altiplanicie. Los exploradores con mayor capacidad de observación encontrarán una entrada, a menudo un sencillito agujero, a estos vastos laberintos subterráneos, muy parecida a la misma por la que me aventuré.

Acontecimientos tan importantes como terremotos e impactos de meteoritos han moldeado este paisaje subterráneo, creando caminos de agua que han ido erosionando la dolomita. Los procesos más lentos y suaves, como las raíces de las plantas que se introducen por diminutas grietas en la roca, también han creado fisuras. Ríos subterráneos han corroído y moldeado la roca durante milenios; desprendimientos repentinos o hundimientos han formado espacios más amplios. El hecho de comprender todas estas fuerzas de la



Una enorme red de hendiduras y pasadizos configuran el sistema de cuevas de Rising Star.

geología nos permite teorizar sobre el aspecto de este mundo subterráneo cientos de miles de años atrás, incluyendo la manera en la que habría acomodado a nuestros ancestros humanos.

El sistema de cuevas Rising Star abarca casi 4 kilómetros de pasadizos entrelazados, los cuales, en algunos puntos, descienden hasta alcanzar el nivel freático de más de 40 metros bajo tierra. De esos 4 kilómetros, solo es accesible una sección de 250 por 150 metros, la cual ha sido extensamente mapeada por espeleólogos y exploradores. Un espeleólogo con experiencia es capaz de explorar este complejo sistema recorriendo una especie de estantes de piedra caliza y pedernal dispuestos como si fueran una celosía y colándose a través de las grietas en la roca. A menudo, cabe la posibilidad de que encuentre una galería en la que pueda sentarse a descansar, pero la mayoría de espacios abiertos son relativamente pequeños, a menudo de menos de 1 metro de ancho. Algunas de las cámaras más grandes de Rising Star albergan formaciones de roca extraordinarias, con estalactitas que brillan en el techo como candelabros de cristal y estalagmitas que se erigen desde el suelo como si fueran columnas.



Durante mucho tiempo, las cuevas han estado presentes en el extraordinario viaje humano, ya sea actuando como lugares de refugio o de muerte. De hecho, el término «hombre de las cavernas» condensa esa parte de nuestro pasado, aunque la historia en sí es más complicada.

En las cuevas, se han encontrado restos de algunos de nuestros primeros antepasados: los australopitecinos, unos homínidos de pequeño cerebro que poblaron la región hace más de dos millones y medio de años. Desconocemos las interacciones específicas que estos ancestros tempranos tuvieron con el mundo subterráneo. Algu-

nos de sus huesos llevan el sello de grandes depredadores, como felinos de dientes de sable y leopardos, quienes dejaron las sobras en los oscuros escondrijos de las cuevas. Los homínidos posteriores, como la especie *Homo erectus*, que vivió hace más de un millón de años, mantenían una relación más amigable con los espacios del subsuelo. Se han encontrado herramientas de piedra y huesos desmenuzados cerca de las entradas de cuevas en Asia, Europa y África, en ocasiones acompañados de la evidencia de fuego.

Las cuevas ofrecen refugio de depredadores, seguridad, un lugar fresco en un clima cálido. Con el dominio del fuego, las cuevas conservaban el calor en invierno y resguardaban del viento, la lluvia y los rayos. El uso prehistórico de las cuevas, junto con la ventaja de que tienden a proteger los huesos y artefactos durante largos períodos de tiempo, es la razón por la que muchas personas consideran a nuestros ancestros como «hombres de las cavernas». Sin embargo, el uso prehistórico de las cuevas por parte de los homínidos es circunstancial —salvo contadas excepciones en Europa entre los neandertales y los primeros *Homo sapiens*—, y se limita únicamente a las partes menos profundas de las mismas. Nuestros antepasados permanecían alrededor de las entradas de las cuevas, en refugios rocosos y salientes, y evitaban a menudo los espacios más profundos y oscuros en los que no penetra la luz.



Como paleoantropólogo que trabaja principalmente en Sudáfrica, he pasado mucho tiempo explorando cuevas. Mi experiencia me ha llevado a dividir estos espacios subterráneos en tres categorías: las zonas muertas, las zonas vivas y las zonas «tocadas».

Las zonas vivas son aquellas que encontramos nada más entrar en la cueva, y se extienden un poco más allá, hasta donde se aventu-

ran los organismos vivientes de mayor tamaño. Estos espacios están llenos de sonidos y olores, y en ellos se aprecia un ecosistema activo: el olor a palomitas de maíz con mantequilla de la orina de leopardo, el aroma almizclado de un puercoespín, el moho de la vegetación que muere y se pudre. Se escucha a los petirrojos del Cabo cantando en las hornacinas y a las lechuzas, que erizan sus plumas en sus posaderos rocosos. Sin embargo, si avanzamos un poco más hacia las profundidades del sistema, la luz se desvanece y el mundo se vuelve sombrío y oscuro. A partir de aquí, se necesita una linterna.

La transición entre la zona viva y la zona muerta puede medir 50 metros o más. Quizá algún murciélago revolotea por delante de tu rostro o iluminas los ojos reflectantes de una araña con el haz de luz, pero, en general, el mundo se reduce a lo que el foco circular de la linterna alcance. Todo lo que queda fuera de ese foco es invisible. Los confines también amortiguan los sonidos perdidos, incluso las voces de compañeros junto a ti. Los únicos sonidos que oyes son los que creas tú mismo: tu respiración, el roce de guantes contra la roca húmeda, las botas contra una cornisa. La sensación es de un descenso continuado.

Estos espacios, entre los que se incluyen los pasadizos y las cámaras de Rising Star, no están realmente muertos; están vivos a su manera, pero se trata de una vida inorgánica. Parece que las cuevas respiren, literalmente, a medida que el aire se mueve por entre las pequeñas fisuras: la presión variable de las cavidades de mayor tamaño fuera del campo de visión hace circular el aire por entre las aberturas invisibles de la superficie. Aunque los espacios en las zonas muertas suelen ser relativamente secos, la humedad siempre está presente, y en especial en cámaras como la de Dinaledi, donde las estalactitas y las estalagmitas brillan como diamantes cuando un destello de luz las alcanza: es agua, que gotea hacia el nivel freático inferior y que, con cada gota, deja pequeños depósitos de cal. Aquí

se contempla la creación al mismo tiempo que ocurre. Cada uno de esos husos blancos y planas losas de colada tarda años en formarse.

A medida que se avanza por los pasadizos de galería en galería, toman especial importancia el sentido del tacto y la conciencia de la presión. Tanteas y pruebas cada asidero. ¿Aguantará tu peso? ¿No resbalará tu mano enguantada si se aferra a ese punto en caso de caída? Pruebas una y otra vez dónde pones los pies. No se permiten muchos saltos de fe; una herida aquí puede pasar de molestia a convertirse en letal. Estos trayectos parecen ocurrir a cámara lenta. Incluso en Rising Star, algunos de estos espacios han recibido menos visitas humanas que la Luna.

Los espacios «tocados» de una cueva son, en muchos sentidos, los más significativos para los paleoantropólogos. Estos espacios custodian la evidencia de que los humanos o los homínidos los han pisado previamente, o se convierten en lugares trágicos en los que un animal, que se ha aventurado demasiado lejos, ha muerto de hambre o de una caída, casi siempre solo. Siento una extraña variedad de emociones cuando entro arrastrándome en uno de ellos y me topo con un babuino o un tejón melero muertos. Pienso en la razón por la que ese pobre animal ha llegado tan lejos, hasta ese espacio oscuro y misterioso. ¿Qué estaba buscando? ¿Se extravió? Ahora su cuerpo yace plano y momificado, y poco queda de él, aparte de piel, pelaje y huesos secos. El espacio ha sido tocado por la muerte. Y ha cambiado para siempre.

Esta es la maldición de estudiar especies antiguas. Exploramos los lugares tocados por la muerte. A menudo, así es como se forman los fósiles. Comienzan en tragedia, pero al cabo del tiempo logran una inmortalidad que los miles de millones que vivimos y morimos en la superficie probablemente no alcanzaremos jamás.

NUESTRO ÁRBOL GENEALÓGICO

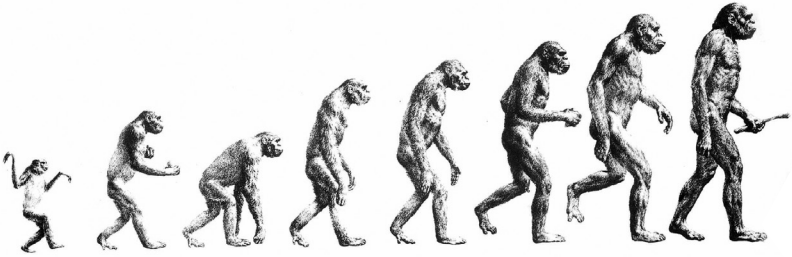


Ha llegado la hora de que hablemos del estudio de la evolución humana y del punto en que se encuentra hoy en día. Cuando doy conferencias, todo el mundo quiere la versión reducida, el resumen, la respuesta fácil a la pregunta implícita: ¿qué parentesco tiene el *Homo naledi* conmigo? La verdad es que no hay una respuesta sencilla. Así que le pasaré el micrófono a John Hawks; es mejor que sea él quien responda.



Lee y el resto de nuestro equipo nos encontramos en el centro de una ciencia en rápida transformación, a menudo descubriendo cosas que nos sorprenden. ¡Cómo ha cambiado lo que aprendimos sobre los orígenes de la humanidad!

De niño, en la década de 1970 y principios de la de 1980, me encantaba leer libros sobre ciencia. Creo que tomé prestados de la biblioteca todos los libros sobre el tema. En el pueblo donde me crie, la biblioteca tenía muchos libros infantiles sobre dinosaurios y vida marina, pero, para leer sobre la evolución humana, debía acercarme a la estantería de adultos. Uno de los libros que recuerdo, ti-



Durante décadas, la evolución humana se representaba como una «marcha del progreso» lineal que iba desde el simio hasta el humano moderno.

La ciencia actual ha demostrado que no es tan sencillo.

El *Early Man*, contenía algunas páginas que se desplegaban y mostraban una ilustración detallada con todas las especies de antepasados del ser humano conocidas hasta la fecha: 15 figuras alineadas que caminaban en fila india, cada una a un paso de distancia de la siguiente.

El *Homo sapiens* estaba a la cabeza, como si acabara de salir de una exploración médica. Lo seguía el hombre de Cromañón, que sostenía una lanza, a continuación el hombre de Neandertal, después el *Homo erectus*, luego el *Australopithecus africanus*, y así, hasta llegar al final de la línea, a la cola del desfile, donde había un pequeño simio, con las manos extendidas como si estuviera caminando por la cuerda floja. Todas las figuras representaban un espécimen masculino, y de derecha a izquierda, de delante a atrás, de presente a pasado, se iban empequeñeciendo gradualmente, se encorvaban y cada vez tenían más vello. Al doblar las páginas, solo quedaban seis figuras: los más primitivos y los más evolucionados, aparentemente en fila.

Esta imagen, a menudo conocida con el nombre de «la marcha del progreso», es una de las más famosas de la historia de la ciencia. Seguro que has visto estas figuras en camisetas y carteles, o en reclamos de compañías o museos. Suelen añadir una figura en la primera